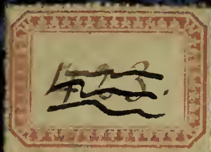
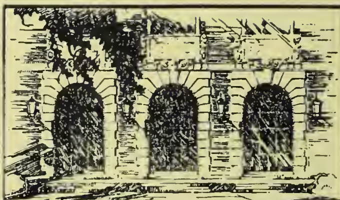


6327

La Torre de Talavera

EUGENIO SELLÉS





LA TORRE

DE TALAVERA

DRAMA HISTÓRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON EUGENIO SELLÉS.

Representado por primera vez en el **TEATRO ESPAÑOL** el 21 de Abril de 1877.



MADRID, 1877.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
dirigido por José Cayetano Conde
Caños, 1.

Al aplaudido primer actor
D. Joaquin Garcia Parreño.

El autor.

Excmo. Sr. D. José de Echegaray.

Séame lícito, porque es deuda sagrada en mí, colocar el ilustre nombre de V. en la primera página de estas que le dedico, dando así público testimonio de admiracion y agradecimiento al maestro insigne en cuyas obras he procurado aprender lo que falta en la mia, y al amigo querido por cuya benevolencia ha encontrado asilo en el teatro esta humilde y mal fabricada Torre de Talavera.

Eugenio Sellés

Madrid 1.° de Mayo 1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
Doña Leonor de Guzman..	Srta. D.ª Elisa Boldun.
La Reina Doña María, viuda de Don Alonso XI de Castilla..................	Sra. D.ª Concepcion Marin
Don Gutier Ferrandez de Toledo, alcaide del castillo de Talavera............	D. Miguel Cepillo.
Don Enrique, conde de Trastamara..................	Manuel Calvo.
García de Talavera.......	Manuel Vico.
Alonso Ferrandez de Olmedo....................	Francisco Benavides.

Caballeros y escuderos.

Doña Leonor y la Reina representan la edad de cuarenta años. D. Enrique la de diez y ocho.

Aquellas deberán vestir de luto y con tocas negras en señal de viudez: éste vestirá traje de campaña con sobrevesta enlutada, y birrete y capa.

Los personajes restantes representan edad madura, y pueden vestir indistintamente trajes de tela ó cotas de malla.

La accion pasa en el castillo de Talavera de la Reina y en una noche del año 1351.

ACTO ÚNICO.

Cámara de estilo gótico severo, con pavimento de mármol blanco y negro. A la derecha del espectador una puerta que comunica con los aposentos particulares de Doña Leonor. A la izquierda otra puerta que comunica con las habitaciones exteriores del castillo, y en segundo término una puertecilla que se supone ser secreta. En el foro una ventana, con vidriera de colores abierta, que da al campo. En lontananza cielo y árboles. A un lado un sitial junto á una mesa, y sobre la mesa una lámpara portátil encendida. Taburetes junto á las paredes. Luz escasa y aspecto sombrío en la escena.

ESCENA PRIMERA.

DON GUTIER FERRANDEZ DE TOLEDO. GARCÍA DE TALAVERA. El primero aparece sentado en el sitial junto á la mesa, á tiempo que el segundo entra por la puerta de la izquierda.

GARCÍA. Bien hallado.
D. GUTIER. Bien venido.
Dadme del suceso cuenta.
GARCÍA. Muy cerrada ya la noche
y dormida Talavera,
por los vados pasé el rio
y cabalgué hácia la vega.
Allí el conde con los suyos
campa entre tales malezas
que antes son cama de lobos

que rancho de soldadesca.

D. GUTIER. ¿Son muchos?

GARCÍA. Hasta doscientos;
gente andaluza y resuelta.
Con él hablé: dudó un punto,
vió de su madre la seña,
y entre alegre y receloso
me siguió.

D. GUTIER. ¿Solo?

GARCÍA. Él quisiera:
mas seis ginetes vinieron
hasta un tiro de ballesta
del Tajo, y por órden suya
desde allí volvieron riendas.
Don Enrique y yo pasamos
el puente á pié y con cautela,
siempre pegados al muro
entramos por la poterna,
y, en secreto aquí traido,
seguro en mi estancia queda.

D. GUTIER. ¿Le habrán conocido?

GARCÍA. Nadie;
que por entre sombra espesa
vinimos con largas capas
cubiertos hasta las cejas.

D. GUTIER. Consuelo traiga á su madre
en esta prision siniestra.

GARCÍA. Bien hicísteis; es de nobles
amparar á la inocencia.

D. GUTIER. Y ¿quién os dice...?

GARCÍA. Sabeis,
y sabe Castilla entera,
que en doña Leonor no hay culpa.

D. GUTIER. Doña Leonor fué cabeza
de la rebelion. Enfermo

el Rey, y el trono en pendencia,
con sus deudos y parciales
movió bandos y revueltas,
alzando pendon rebelde
en sus castillos y tierras.

GARCÍA. Corren hoy vientos propicios
á rebeliones, y en ellas
se castiga al infortunio
más bien que á la delincuencia.
Aunque culpable, las leyes
se embotáran en la presa
si la pasion su cuchilla
á la justicia no diera.
Pero son leyes de celos,
si ménos justas, más fieras:
dama fué de don Alonso,
la amó el Rey, la odió la Reina,
y purga en esta prision
las culpas de su belleza.

D. GUTIER. Voz del vulgo tornadizo.

GARCÍA. Voz que los sucesos prueban.
Y yo, á ser vos...

D. GUTIER. ¿Qué, García?

GARCÍA. Desatára sus cadenas.

D. GUTIER. Soy leal.

GARCÍA. Tanto soy yo.

D. GUTIER. Es mi deber...

GARCÍA. Norabuena.
Mas bien, señor, se me alcanza
que aquí limpio no se juega.
Quien ley rompe, ley no espere.

D. GUTIER. Tanto el honor no argumenta.
¿Qué importa que otros la rompan?
Quien es noble, noble queda.

GARCÍA. Antes servidumbre torpe

que virtud libre en conciencia,
cuando sirve á las maldades
tambien la lealtad afrenta.

D. GUTIER. Basta, que no han de rendirme
tentadoras sutilezas

GARCÍA. Pero vigilad: no ocurra
que una mano traicionera
lo que es honrada prision
en tumba infame convierta.

D. GUTIER. No lo temais. Ved si duerme
Alonso, y que el conde venga.

GARCÍA. Es hombre Alonso de Olmedo,
señor, que aun dormido vela.

D. GUTIER. ¿Le observásteis?

GARCÍA. Ha tres dias
que en el alcázar se encuentra,
y ni un solo pensamiento
asomó á su faz de piedra.
Mira mucho y de soslayo;
habla poco y siempre á medias,
porque para no venderse
la traicion no tiene lengua.

D. GUTIER. Respetadle; es servidor
y enviado de la Reina.

GARCÍA. Y espía... Yo sin escrúpulo
lo colgára de una almena.

D. GUTIER. Vigiladlo.

GARCÍA. No le dejo.

D. GUTIER. Y volved por esa puerta.

(Señalando á la del segundo término de la izquierda. García se vá.)

ESCENA II.

D. GUTIER. DOÑA LEONOR. Aquél abre la puerta de la derecha por donde sale doña Leonor.

DOÑA LEONOR. ¡Hijo!
(Cambiando de tono al no verlo.) ¿Dónde está?
D. GUTIER. Allí espera.
(Doña Leonor se dirije hácia la puerta izquierda como para salir. Don Gutier la detiene con ademanes corteses.)
No podeis, mal que me cuadre,
salir.
DOÑA LEONOR. (Deteniéndose.) Perdonad: la madre
olvidó á la prisionera.
D. GUTIER. Presto entrará.
DOÑA LEONOR. El corazon
me dice que está seguro:
ya me parece más puro
el aire de la prision.
D. GUTIER. Abrazad á vuestro hijo.
Pero decidle á la par
que nos escuse un pesar,
y á vos un duelo prolijo.
Yo de mi Reina vasallo,
y él de mi Reina enemigo,
si le doy de noche abrigo
¡ay! ¡si en campaña le hallo!
Que si el llanto maternal
movió al pecho generoso,
no llega en mí lo piadoso
más allá de lo leal.
Pensad—con pena os lo advierto—
que pasó el tiempo, á vos caro,
en que os prestaba su amparo
el cariño del Rey muerto.
DOÑA LEONOR. ¡Ah! ¡Callad! ¿Por qué, cruel,

evocais esa pasion
bajo estos techos, que son
castigo del tiempo aquel?

D. GUTIER. ¿Lo recordais?

DOÑA LEONOR. ¡Oh! ¡Memoria,
suplicio de nuestra vida!
Más alumbran mi caida
los reflejos de mi gloria.
¡Dulces años! Parecia
—¡tal la dicha me embriagaba!—
que en mis venas circulaba
todo el sol de Andalucía.
Entre deleites sin fin
ignorados los dolores,
el campo era siempre flores,
la ciudad siempre festin.
Triunfante, lisonjeada
por una córte lucida,
de ricos-hombres servida
y de Reinas envidiada,
pensé que Dios quiso dar,
al lanzarnos al vivir,
los lábios para reir,
los ojos para gozar.

D. GUTIER. No nacieron los pesares
para ojos grandes y bellos.

DOÑA LEONOR. Como eran grandes, por ellos
se entró el infortunio á mares.
Que es el destino traidor
de la envidiada hermosura
sembrar en torno ventura
para recojer dolor.
Si gimo, el lamento mio
se apaga en el muro yerto;
ahora el campo es un desierto,

la ciudad sepulcro frio.
Mi voluntad humillada,
mi grandeza escarnecida,
entre el lloro mal dormida
y al sollozo despertada,
pienso que Dios quiso dar
en tan mísero vivir,
los lábios para gemir,
los ojos para llorar.

D. GUTIER. Es inconstante la suerte.

DOÑA LEONOR. En mí muestra con porfía
cómo nos lleva en un dia
desde el favor á la muerte.

D. GUTIER. Hay justicia.

DOÑA LEONOR. No me alcanza.
Cuando reina la malicia
tiene espada la justicia,
pero no tiene balanza.

ESCENA III.

DICHOS. GARCÍA DE TALAVERA y D. ENRIQUE, que entran por la puerta secreta.

GARCÍA. (Desde la puerta á D. Gutier.)
Señor...

D. ENRIQUE. ¡Madre!

DOÑA LEONOR. (Abrazándolo.) ¡Hijo del alma!
Venid, pesares, ahora:
no os temo.

D. ENRIQUE. Torne, señora,
á vuestro pecho la calma.

GARCÍA. (Aparte á D. Gutier.)
Junto al foso del castillo
gente de bizarro porte

pide entrada. Es de la córte.

D. GUTIER. Que echen al punto el rastrillo.

(D. Gutier y García se van por la izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR. D. ENRIQUE.

D. ENRIQUE. ¡Vos, madre, en el ruin espacio
de este torreon sombrio!

DOÑA LEONOR. Cuando te abrazo, hijo mio,
la prision es un palacio.

D. ENRIQUE. Sereis libre. En los jarales
que el vecino Tajo cruza,
el ódio y el hierro aguza
gente audaz de mis parciales.

DOÑA LEONOR. Desde que los ví, clavada
en mi alféizar largas horas,
¡cuántas veces las auroras
sorprendieron mi velada!
Y si al quererte abrazar
tropezaba en los cerrojos,
me consolaban los ojos
que te podian mirar.

D. ENRIQUE. ¿Cede el alcaide?

DOÑA LEONOR. Es de acero
su honor, por lo limpio y duro.

D. ENRIQUE. Pues entraré por el muro,
que es la puerta del guerrero.

DOÑA LEONOR. ¿Tú en tal riesgo?

D. ENRIQUE. Me recrea
de la lid el fiero encono.
El que nace para el trono
nace para la pelea.

ESCENA V.

DICHOS. D. GUTIER, que entra por la izquierda.

D. GUTIER. (Aparte á Doña Leonor.)
Perdon si os estorbo así.
DOÑA LEONOR. (Aparte á D. Gutier.) ¿Qué otra nueva adversidad?...
D. GUTIER. (Siempre aparte.) Cubriendo su calidad
la Reina ha llegado aquí.
DOÑA LEONOR. Para aumentar mis cuidados.
Salga Enrique.
D. GUTIER. No hay maneras.
Llenan salas y escaleras
escuderos y soldados.
DOÑA LEONOR. ¿Quién osaría?...
D. GUTIER. Un azar...
DOÑA LEONOR. (Señalando á D. Enrique.) Si le hallan en la prision,
¿qué hareis?
D. GUTIER. Pedir su perdon.
DOÑA LEONOR. (Con ansiedad.) ¿Si es negado?...
D. GUTIER. (Con firmeza.) Ejecutar.
DOÑA LEONOR. Son su alcurnia y poderío
altos.
D. GUTIER. Más alta es la ley.
DOÑA LEONOR. Hermano es de vuestro Rey.
D. GUTIER. ¡Así fuera hermano mio!
DOÑA LEONOR. (A D. Enrique.) Hijo, á mi oratorio ven.
Allí nos ampare Dios.
D. ENRIQUE. ¿Qué recelo?... (Vacilante.)
DOÑA LEONOR. Vamos.
D. GUTIER. (Bajo á Doña Leonor.) Vos,
no: la Reina os busca.
DOÑA LEONOR. Bien;
decid que rezo.

D. GUTIER. Será
todo inútil, que entrar quiere.

DOÑA LEONOR. (Con altivez.) Antes es mi hijo: ella espere,
y su rencor crecerá.
(Doña Leonor y D. Enrique se van por la derecha.)

ESCENA VI.

D. GUTIER. LA REINA y ALONSO FERRANDEZ DE OLMEDO, que entran por la izquierda.

REINA. ¿Conque mientras por huido
se le tiene, en són de guerra
va levantando la tierra
ese bastardo atrevido?
¡Ay si á mi poder la suerte
lo trajera por su mal!
Él rebelde, ella rival,
los igualará la muerte.
(A D. Gutier.) ¿Doña Leonor?

D. GUTIER. Reza.

REINA. Acierta
en ponerse bien con Dios.
Llamadla.
(D. Gutier se acerca á la puerta de la derecha, y da en ella algunos golpes con la mano.)
Salid los dos,
y estad esta noche alerta.
(D. Gutier y Alonso se van por la izquierda.)

ESCENA VII.

LA REINA. DOÑA LEONOR. Esta aparece en la puerta derecha, la cierra tras sí, y se queda delante de ella mientras dice los cuatro versos siguientes.

DOÑA LEONOR. (Aparte.) Me tengo miedo. Señor,
da tu paz á la voz mia.

(Señalándose al rostro.) No salgas aquí, alegría:
(Señalándose al corazon.) Retuércete aquí, rencor.

REINA. (Aparte.) ¡Aun está hermosa!
(Alto.) Cuando vengo á honraros,
¿es bien que altiva me cerreis la puerta?

DOÑA LEONOR. Contrita oraba...

REINA. ¿Y desde cuándo al cielo
vuestra palabra impúdica se eleva?

DOÑA LEONOR. (Movimiento de indignacion. Despues se contiene y dice resignada.) Ya lo decís; desde que fuí culpable:
¿perdon buscára si inocente fuera?

REINA. ¿Os remuerde la culpa de las glorias
que conquistásteis del honor á espensas?

DOÑA LEONOR. (Con dignidad.) ¡Reina, tened el lábio! Mi destino
y esta doble muralla me sujetan
si venís á matarme: si á ofenderme,
que me retire mi decoro ordena.
(Se dirije hácia la puerta derecha. La Reina la sigue.)

REINA. ¿Y os librareis así? No: he de seguiros
como sigue al delito la conciencia.
(Doña Leonor se vuelve precipitadamente cuando ve que la Reina la sigue.)

DOÑA LEONOR. ¡No paseis! (Colocándose delante de la puerta.)

REINA. (Con aire de triunfo.) ¿Os quedais?

DOÑA LEONOR. Deber secreto
pone argolla en mi pié, freno á mi lengua.

REINA. Ya empezais á medir todo el espacio
que á las dos nos separa: ¡tiempo era!

DOÑA LEONOR. Bien vuestro acento y mi humildad proclaman
que aquí sois la señora, yo la sierva.

REINA. Tanta mesura en vos es maravilla.

DOÑA LEONOR. ¡Así el pesar la condicion nos trueca!

REINA. Y el crímen.
(Movimiento rápido de indignacion en Doña Leonor.)
Proteccion dísteis al conde.

DOÑA LEONOR. ¿Es ya delito la virtud materna?

Juzgadme por vos misma. ¡Qué es un reino!
¡Un mundo para mi hijo pretendiera!

REINA. ¿Y os quejareis si los desmanes locos
entre estos muros la justicia encierra?

DOÑA LEONOR. Si ella me condenase, resignada
doblára yo en el tajo la cabeza.
Mas fué siempre el poder de que me quejo
tan artero, tan vil, que claro muestra
que mi delito sólo á vos ofende,
y mi castigo á vos sólo interesa.
Arrancada á traicion de mis castillos,
quebrantado el seguro y prisionera,
paseásteis en triunfo ante Castilla
mi desventura y la venganza vuestra.
Sepulcro, más que fin, á tanto ultraje
dió esta torre feudal de Talavera;
aquí la ley es vuestra, vuestro el mando:
¿cuyas las manos son que me atormentan?

REINA. Mirándolas estais. Oid. *(Pausa breve)* Una infanta,
tierna flor de la rama portuguesa,
para esposa del rey llegó á Castilla.
El amor, el regalo, la grandeza
coronaron el lecho de sus bodas,
potro luego de lágrimas eternas.
Bien pronto una mujer al Rey sedujo.

DOÑA LEONOR. *(Interrumpiéndola con viveza.)*
¡No en verdad!

REINA. Con miradas embusteras,
y encendido en amor, ciego al decoro,
palacio y lecho compartió con ella.
La Reina, entanto, abandonada, siendo
del mundo compasion, del trono afrenta,
veinte años consumió celosa y triste,
pidiendo amor y devorando penas.
Por lo que hiciérais vos, por vuestros ódios

adivinad la suerte que os espera.

DOÑA LEONOR. Alegre la anunciais...

REINA. Para eso vengo.

DOÑA LEONOR. ¿Sabeis cuánto el oirlo me atormenta?

REINA. Pues por eso os lo digo.

DOÑA LEONOR. Habeis criado
en cuerpo de mujer sangre de fiera.

REINA. La venganza es así.

DOÑA LEONOR. Lo sé. (Pausa.) Una dama
de linaje sin par, en edad tierna
con un noble casó, y á poco espacio
vistió las tocas de viudez funesta.
Requerida de amor y enamorada,
mozo y rey el galan, cándida ella,
en luchas de ambicion y de cariño
rindióse al fin la femenil flaqueza.

REINA. Y pecó contra Dios.

DOÑA LEONOR. Él la perdone.
Pero una noche en cortesana fiesta,
como sierpe á las flores, á sus lábios
llegó la muerte en el licor envuelta.

(La Reina hace un ademán negativo. Despues baja los ojos, y vuelve poco á poco el rostro como avergonzada del delito que doña Leonor le recuerda. Esta, entretanto, continúa su relato con calma.)

Dios salvó á la infeliz. Presto socorro
vuelve la vida á sus heladas venas;
y, al despertar, junto á su lecho mira
al triste amante que su sueño vela.
Repúdio vergonzoso,—el Rey le dice,—
de tal iniquidad castigo sea,
y, premio de su amor y su martirio,
la que dama durmió despierte Reina.
«Me basta vuestro amor: no quiero un trono
tinto en la sangre de mi hidalga tierra.»

Así la dama se vengó. Señora,
dictad vos la venganza de la reina.

REINA. Yo era tan niña!... (Como disculpándose.)

DOÑA LEONOR. (Con viveza.) La niñez, que puede
mi falta disculpar, dobla la vuestra.
Madre la mocedad de las pasiones,
no la perfidia tenebrosa engendra:
tal como el cielo, hasta sus rayos lanza
envueltos en la luz de sus tormentas.
Yo era niña tambien, y no me escuso.

REINA. Otro fué más culpable.

DOÑA LEONOR. (Con dignidad.) Honra os merezca
el que murió gran rey, sin par soldado,
por su pátria y su Dios en santa guerra.

REINA. ¿Lo amásteis mucho?

DOÑA LEONOR. Le respeto y basta.

REINA. Bien del cariño le pagais la deuda.

DOÑA LEONOR. Mal está que deberes de la esposa
os enseñe... la impúdica manceba.

REINA. ¿Y pensais apiadarme con la injuria?
¿No á la muerte temeis?

DOÑA LEONOR. No me amedrenta.
¿Quién puede condenarme? ¿El Rey acaso?

REINA. Yo.

DOÑA LEONOR. Sé que vuestra mano le gobierna;
sé que, con riesgo del naciente trono,
turba vil sus pasiones lisonjea.
Mas por él respondeis si, niño ahora,
con crueles rencores se alimenta:
que si entre sangre de vasallos vive,
temed, señora, que entre sangre muera.

REINA. Temed antes por vos.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo las iras
de mi bando irritar? ¿Ni cuando muerta
como un villano en ignorada cárcel

quien el blason de los Guzmanes lleva?

REINA. Siempre que los Guzmanes, desgarrada
la dignidad de su ínclita ascendencia,
mercaderes de honor y de hermosura,
en la charca del vicio se revuelcan.

(Doña Leonor, al oir estas frases, levanta la cabeza con fiereza, y dice dejando el tono de resignacion forzada que hasta ahora habrá dado á toda la escena.)

DOÑA LEONOR. ¡Basta ya de sufrir! (Se dispone á irse.)

REINA. ¿Os vais?

DOÑA LEONOR. Vos antes.
Y el hacha y el verdugo se prevengan.
Sabed que las que nacen en Castilla
sufren la muerte, pero no la afrenta.

(Doña Leonor se dispone á entrar en su habitacion: al mismo tiempo se entreabre la puerta, en la cual se deja ver la figura de D. Enrique. Doña Leonor, aterrada, lo empuja violentamente hácia dentro por medio de un movimiento rapidísimo, cierra la puerta y se coloca delante de ella, diciendo con tono de heróica resignacion.)

D.ª LEONOR. (Aparte.) ¡Y la afrenta tambien cuando son madres!
(Pausa breve.)

REINA. Alabán con razon vuestra destreza.
Pronto hallásteis doncel que aquí escondido
la soledad de la prision divierta.

DOÑA LEONOR. ¡Otro ultraje! Decidlos todos juntos:
de una vez los devore la paciencia.

REINA. ¿Negareis lo que he visto?

DOÑA LEONOR. Mal podria.

REINA. ¿Que ocultais un galan?

DOÑA LEONOR. ¡Así lo fuera!
Quien vivió en el escándalo perpétuo,
¿con qué razon responde á la sospecha?
Tuve valor para aceptar la culpa:
tendré valor para aceptar la pena.

REINA. Pues si no es un galan, debo libraros
de quien así asaltó la estancia vuestra.

¡Hola! (En voz alta y dirigiéndose á fuera.)

DOÑA LEONOR. ¡Callad, por Dios!

REINA. ¿Es un amante?

DOÑA LEONOR. Debe serlo si paga bien la deuda
de mi amor.

REINA. ¿Le quereis?

DOÑA LEONOR. (Con pasion.) ¿Por qué negarlo?
Es suya hasta la sangre de mis venas.

REINA. Pues bien: vuestro secreto sepan todos.

DOÑA LEONOR. ¿Qué pierdo, ó qué ganais con que lo sepan?
¿Qué importa un vicio más? ¡Hartos cupieron
en el revuelto mar de mi existencia!
Perdonadme, señora: vuestro lábio
publique ya mi liviandad postrera:
mi fama, la memoria profanada
del muerto Rey, mi ingratitud horrenda
á su pasado amor, todo, trofeo
de vuestros ódios implacables sea.
Sólo respeto os pido para el nombre
del cómplice infeliz.

REINA. La suerte vuestra
ha de seguir tambien.

DOÑA LEONOR. ¡Ah! ¡No! ¡Imposible!
No podeis...

(La Reina hace un ademán de soberbia. Transicion rápida en doña Leonor, que dice con humildad.)

No quereis que tal suceda.
Maldiciones de Dios, desdén del mundo
sobre mi frente avergonzada llueven.
Romped las fibras de mi carne impura,
martirizad mi hipócrita conciencia:
yo le seduje, ¡yo!, yo lo he traido,
¿cómo en mí camarin sinó estuviera?
Pero él es inocente; él es mi... (Doña Leonor se detiene al pronunciar esta palabra. Movimiento de extrañeza

en la Reina. Doña Leonor lo advierte, y arrepentida de lo que iba á revelar, añade:) ...amante.
Si yo llevo el placer, ¿por qué él la pena?

REINA. ¿Pedís por él?

DOÑA LEONOR. Humilde, de rodillas. (Se arrodilla.)
¿Qué más quereis de mí? (Ap) ¡Cuánto me cuesta!

REINA. Respetad al Rey muerto.

DOÑA LEONOR. Por él hablo.

REINA. Si no sabeis ser pura, sed discreta.

(En este momento se abre la puerta derecha y sale D. Enrique que se coloca entre la Reina y doña Leonor.)

ESCENA VIII.

DICHAS. DON ENRIQUE.

D. ENRIQUE. (A doña Leonor.) Alzad del suelo, por Dios.
(A la Reina.) Ni su secreto ultrajar
vos debeis, (A doña Leonor.) ni consumar
este sacrificio vos.

(Doña Leonor se habrá levantado del suelo, y dice á D. Enrique aparte.)

DOÑA LEONOR. ¡Hijo, recata la cara!

REINA. (A D. Enrique.) Sois caballero.

DOÑA LEONOR. Fé os doy
de que es un amante.

D. ENRIQUE. (Desembozándose.) Soy
el conde de Trastamara.

(Pausa.)

REINA. Sabeis ser madre constante.
Aun con una virtud cuenta.

DOÑA LEONOR. (Abrazando á D. Enrique.) Decid ahora si afrenta
el abrazo de este amante!

REINA. De vuestra raza esplendor,
y espejo de la hidalguía,
de un buen Guzman yo sabía

que dió un hijo por su honor.
Por lo que hicísteis colijo
que mal los tiempos están,
cuando ya se ve á un Guzman
que da su honor por un hijo.

DOÑA LEONOR. Guardar nos toca á las madres
de la raza la semilla,
para que al bien de Castilla
la sacrifiquen los padres.

REINA. Os devuelvo vuestra prez:
mas temed que en trueco tal
pierda el amor maternal
lo que ganó la honradez.

D. ENRIQUE. Sois de Pedro digna madre.

REINA. Medid vuestro desacato.

D. ENRIQUE. (Con tono amenazador.) Vos lo que haceis.

DOÑA LEONOR. ¡Insensato!
Es la esposa de tu padre!

D. ENRIQUE. No existe mujer, por buena,
que contra mi madre arguya.

DOÑA LEONOR. ¿Qué pides para la tuya
si así tratas á la agena?
(A la Reina. Transicion.)
Perdonadlo. Mi prolijo
padecer, su poca edad,
escusan su libertad.
¡Así os ame vuestro hijo!

REINA. (A D. Enrique.) No adivinais cuánto á mí
y al Rey nos place encontraros.

D. ENRIQUE. Tal vez haya de pesaros
haberme encontrado aquí.
(La Reina se va, dirigiendo á doña Leonor y D. Enrique ademanes amenazadores.)

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR. D. ENRIQUE.

DOÑA LEONOR. Has provocado á la suerte.
(Pausa.)
¡Qué silencio! ¡Qué tristeza!
Es que bate en mi cabeza
sus mudas alas la muerte.
(A D. Enrique.) ¡Huye; todo está perdido!

D. ENRIQUE. Ni lo intento, ni podré.

DOÑA LEONOR. (Señalando á la ventana.)
Por ese muro: yo haré
escala con mi vestido.

D. ENRIQUE. ¡Jamás!

DOÑA LEONOR. Hemos irritado
á mujer que no perdona.

D. ENRIQUE. Pues esa razon me abona
para estar á vuestro lado.

DOÑA LEONOR. Hay riesgo.

D. ENRIQUE. Donde el de vos
me llama ¿qué es lo demás?

DOÑA LEONOR. Será mayor si aquí estás;
que lo temo por los dos.
(Pretende persuadirle con sus ademanes á que se vaya. D. Enrique se muestra resuelto á quedarse y ella dice con ironía.)
Quédate, si en tu querer
otra traza no has hallado
que morir á mí abrazado
como indefensa mujer.

D. ENRIQUE. Tengo espada.

DOÑA LEONOR. ¿Y qué valiera?

D. ENRIQUE. Tengo gentes.

DOÑA LEONOR. A ellas vete,
y al alcázar arremete,

y pon fuego á Talavera.

D. Enrique. ¡Juro que de mi venganza
queda á España triste fecha!

Doña Leonor. ¡Pronto! que el riesgo aprovecha
despojos de la tardanza.

(Se oye ruido como si abrieran desde fuera la puerta secreta.)

(Con terror.) ¡Abren!

D. Enrique. (Adelantándose.) El hierro replique.

Doña Leonor. (Se ase de él y se pone delante.)
¡Hijo! ¡Muera yo primero!

D. Enrique. ¡Soltad! (Haciendo esfuerzos para desasirse.)

(Doña Leonor, no pudiendo sujetar á D. Enrique, se coloca delante de él, cubriéndolo con su cuerpo, en el momento en que se abre la puerta secreta y aparecen en ella D. Gutier y García, que se quedan parados un instante.)

ESCENA X.

Dichos. D. Gutier. García.

Doña Leonor. (A D. Gutier con ansiedad y como interrogándole con la mirada fija.)
¿Miro á un caballero
ó á un verdugo?

D. Gutier. Don Enrique,
antes que la Reina ordene
lo que no podré rehusar,
salid.

Doña Leonor. ¿Le podeis salvar?

D. Gutier. Aun una salida tiene.

García. Vino bajo mi seguro.
No temais; respondo de ello:
nadie le toca á un cabello
mientras esté tras el muro.

D. Gutier. (A D. Enrique). Id con él.

D. Enrique. (A D. Gutier.) He de volver

por asalto y de improviso.
Os pago con este aviso
vuestro hidalgo proceder.

DOÑA LEONOR. (Abraza á D. Enrique.)
¡Que tu empresa ampare Dios!

D. ENRIQUE. ¡Y vuestra suerte cruel!

(Se van D. Enrique y García por la puerta secreta.)

DOÑA LEONOR. Yo á rezar allí por él.

D. GUTIER. Yo á velar aquí por vos.

(Doña Leonor se va. D. Gutier se sienta en el sitial.)

ESCENA XI.

D. GUTIER. ALONSO DE OLMEDO, que sale por la izquierda.

D. GUTIER. (Volviendo la cara con disgusto al sentir los pasos de Alonso.)
Siempre, Alonso, donde ménos
se os espera apareceis.

ALONSO. Si os enoja mi presencia,
discúlpela mi deber.
Tengo de hablaros: lo manda
nuestra Reina.

D. GUTIER. Decid, pues.

ALONSO. Si está segura la presa
la Reina quiere saber.

D. GUTIER. Para alcaides como yo
la pregunta ociosa es.
Bastecido está el alcázar,
ella guardada.

ALONSO. Y tan bien,
que no me es dado pasar
esas puertas ni una vez.

D. GUTIER. Debo vigilarla solo,
pues solo he de responder.

ALONSO. En buen hora. Mas sois blando

en demasía. Sabeis
que sordas maquinaciones
nos minan. Si la altivez
fuera preciso abatir
con la dureza, ¿qué hareis?

D. GUTIER. Yo mando aqui, y se me alcanza
lo que cumple á mi honradez.
Ni vos debeis preguntar,
ni os debo satisfacer.

ALONSO. Duro andais.

D. GUTIER. Y vos curioso.

ALONSO. Si yo lo sufro, entended
que es la Reina quien me envia,
quien pregunta.

D. GUTIER. (Con impaciencia mal disimulada.) Seguid, pues.

ALONSO. ¿Si os mandáran, por ejemplo, (Con intencion.)
encerrarla de una vez?...

D. GUTIER. La encerraré.

ALONSO. ¿Y si no basta?

D. GUTIER. Dormiré con el arnés.

ALONSO. Es poco.

D. GUTIER. Tendrá cadenas.

ALONSO. Tiene limas la doblez.
Para cárcel de un rebelde
el sepulcro es la más fiel.

D. GUTIER. ¡Un cadalso! ¿Y fuera justo?

ALONSO. Como es dama, y de alta prez,
debe ahorrársele la afrenta
del suplicio. ¿Me entendeis?...

D. GUTIER. Sí, aunque tarde. No os extrañe
mi tardanza en comprender:
nobleza y alevosía
jamás se entendieron bien.
(Con fuego.) ¡Matarla yo! Si no fuérais
mensajero, por mi fe

que ya no os quedára lengua
con qué decirlo otra vez.

ALONSO. ¿Resistís?

D. GUTIER. ¿Y hay quien lo dude?

ALONSO. ¿Y os llamais vasallo fiel?

D. GUTIER. (Con ira.) ¡Quéjase el hierro al oiros
porque hablar no lo dejé!

ALONSO. Calma. En suma, mi señora
os ordena, Don Gutier,
que las llaves de ese cuarto
esta noche me entregueis.

D. GUTIER. ¡Salid pronto! Mientras sea
alcaide, pese á Luzbel,
aquí mi honor es el muro,
y mi voluntad la ley.
Guardar á doña Leonor
y ampararla es mi deber;
ella ese umbral no traspasa; (Señalando á la puerta de la izquierda.)
¡ay, del que aquí ponga el pié!
Esto pienso; esto á la Reina
en mi nombre responded.
Y vos, por si otro mensaje
os dieran, entendereis
que ante todo al mensajero
de una almena colgaré,
y de su vida y mensaje
yo daré cuenta despues. (Hace un ademán imperioso y Alonso se va por la izquierda.)

ESCENA XII.

DON GUTIER. DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR. ¡Morir!

D. Gutier. (Como tranquilizándola.) No.

Doña Leonor. No la piedad
disfrace mi aciaga suerte.
Sé que ha llegado la muerte:
me lo anunció la crueldad.
¿Qué fuera el propio contento
que dá la venganza innoble
sin que lo aderece y doble
el ageno sufrimiento?

D. Gutier. (Aparte.) ¡Triste!

Doña Leonor. Vengo decidida
á vencer. El miedo mismo
dá discurso y heroismo.
¡Quién no lucha por la vida!

D. Gutier. No es justo vuestro temor.

Doña Leonor. (Con amargura.) Sí: bien pronto habreis trocado
vuestra espada de soldado
en puñal de salteador.
Porque ya es un crímen cierto
el que se ejecuta en mí.

D. Gutier. ¡Jamás!

Doña Leonor. Os buscaba así.

D. Gutier. Antes que infamado, muerto.

Doña Leonor. Pues de la infamia en camino,
mirad cuál es la peor,
si la infamia de traidor
ó la infamia de asesino.
Que ese nombre criminal
la historia os guarda severa,
alcaide de Talavera
en esta noche infernal.

D. Gutier. Bien está: si en lucha impía,
hombre justo y fiel vasallo,
en la alcaidía batallo,
salga de mí la alcaidía.

DOÑA LEONOR. Y yo perezca!... ¡Insensatos
los justos que el miedo aterra!
Pobló de cruces la tierra
la semilla de Pilatos.
Rompiendo lazos que oprimen
la fidelidad salvais,
y tranquilo presenciais
la ruin victoria del crímen.

D. GUTIER. Al rostro supe arrojarlo
de quien osó proponerlo.

DOÑA LEONOR. Es poco no cometerlo:
hay que saber estorbarlo.
Que no es virtud, en verdad,
la que, partiéndose en dos,
sirve una mitad á Dios
y al demonio otra mitad.

D. GUTIER. ¿Y está en mi mano?

DOÑA LEONOR. Menguada
pregunta que no conviene
á quien, al hacerla, tiene
junto á la mano la espada.

D. GUTIER. Para traidor no nací.
El que Toledo se llama
no transije con la fama.

DOÑA LEONOR. Y con la conciencia ¿sí?
¿Mirais al mortal blason
y no al honor infinito?
¿Firme resistís al grito
de vuestra propia opinion,
y á dictámenes agenos
cobarde os rendís quizás?
Si así atropellais lo más,
¿por qué temeis á lo ménos?

D. GUTIER. Seductora inspiracion,
de mi lealtad en agravio,

dá el infierno á vuestro lábio,
consejero de traicion.
¡Hola! (Como llamando á los de fuera.)

ESCENA XIII.

DICHOS. GARCÍA, que entra por la izquierda.

D. GUTIER. (A García.) De la fortaleza
entrega esta noche hago.
DOÑA LEONOR. ¡Tal es el honor: yo pago
sus cuentas con mi cabeza!
GARCÍA. (A doña Leonor.) Os salvaré á su despecho.
Soy vuestro.
D. GUTIER. ¡Tambien comprado!
¿Sereis traidor?
GARCÍA. Soy honrado.
Ni promesa ni cohecho
impulsan mi voluntad:
sola y libre al bien se doma.
Y pues el mal en vos toma
la cara de la lealtad;
por extraña oposicion,
¿será mucho que tambien
haya tomado en mí el bien
la cara de la traicion?
D. GUTIER. ¡No más! Me doy por rendido
al bien ó al mal; no lo sé.
Bastante tiempo luché:
como valiente he cumplido.
DOÑA LEONOR. ¿No consentís en mi muerte?
D. GUTIER. ¿Lo dudais?
DOÑA LEONOR. ¿Y mi pendon
aquí alzareis?
D. GUTIER. (Con energía.) ¡Yo felon!

¡Jamás! Antes que en el fuerte
á mi gobierno fiado
alce enemiga bandera,
permita Dios que yo muera
por sus ruinas aplastado!

(Transicion.)

Para todo habrá salida.
Conforme al antiguo usaje
renunciado el vasallaje,
volveré por vuestra vida.

DOÑA LEONOR. ¿Y cómo hallareis entrada
si abandonais esa llave?

D. GUTIER. Para quien usarla sabe
la mejor llave es la espada.

GARCÍA. Entre, pues, por el balcon
el que la puerta desdeña.

(Conduce á D. Gutier á la ventana del fondo y señala adentro.)

En la ojiva más pequeña
de ese viejo murallon
que el saliente cubo esconde,
una escala prevendré.
Yo aquí dentro ayudaré:
entrad vos con los del conde.

DOÑA LEONOR. Cuando todo esté dispuesto
allí esa luz brillará.

(Señalando á la ventana y despues á la lámpara de la mesa.)

D. GUTIER. Bien.

GARCÍA. (Que estará en la puerta izquierda como vigilando.)
La Reina.

D. GUTIER. (A doña Leonor.) Idos allá.
(A García.) Vos, traed las llaves presto.

(García se va por la izquierda.)

DOÑA LEONOR. (Con entusiasmo.) ¡Ah! renaciendo en mí van
las glorias de mi Sevilla.
¡Reine otra vez en Castilla

doña Leonor de Guzman!
(Se va por la derecha.)

D. GUTIER. ¿Quién pone en tí su valer,
honor? Prenda singular.
¡Tan difícil de ganar,
y tan fácil de perder!

ESCENA XIV.

D. GUTIER. La REINA y ALONSO DE OLMEDO, que entran por la izquierda. Despues GARCÍA y varios caballeros y escuderos.

REINA. (A D. Gutier.) Vuestra respuesta sé ya
entre enojada y confusa.
D. GUTIER. Señora...
REINA. No pido escusa.
D. GUTIER. ¿Cuándo la honradez la dá?
REINA. Es altivo en demasía
quien de tal modo contesta.
D. GUTIER. Antes habla en mi respuesta
que la altivez la hidalguía.
REINA. Mucho puede el trato doble
de esa funesta mujer;
pero no quise creer
que hiciera un traidor de un noble.
D. GUTIER. (Con altivez.) En lealtad á nadie cedo.
Mas, por sus mismos blasones,
no nacen para sayones
los Ferrandez de Toledo!
(Transicion.)
Y á vos cuadra la piedad
por reina y por dama.
REINA. (Con sequedad.) Quiero
vasallo, no consejero:
todo discurso evitad.

D. GUTIER. Pues, por lo que sabe Dios,
y yo por respetos callo,
tampoco teneis vasallo,
que ya no lo soy de vos.

(Pausa. Toma un manojo de llaves que García le presenta en una bandeja cubierta con un paño.)

Largos dias y precarios
el castillo por vos tuve;
si con honra lo mantuve
declárenlo mis contrarios.
Quien debe darle renombre
llenarlo de infamia sabe;
estando yo en él no cabe:
todo lo llena mi nombre.
Ved sus llaves; estas son.
Hierros para mí tiranos
que pesan más que en mis manos
en mitad del corazon!

REINA. De vuestra fe os desobligo,
y os doy por libre.

(Toma las llaves y las entrega á Alonso. Este coloca una en la puerta derecha y otra en la izquierda, y entrega las restantes á un caballero. Hará todo esto sin interrumpir el diálogo.)

D. GUTIER. Señora,
ya cumplí con vos; ahora
me toca cumplir conmigo.
Cuando de la ley el fuero
rompe pérfida malicia,
balanza de la justicia
hace el noble de su acero.

GARCÍA. (Ap. á D. Gutier.) Id con el conde: ocasion
aguarda para escapar.

REINA. (A los caballeros.) Hidalgos, á vigilar.

D. GUTIER. (Aparte.) A combatir, corazon.

(Se van D. Gutier, García y los caballeros y escuderos.)

ESCENA XV.

La REINA. ALONSO.

REINA. Cuando deja mi servicio
caballero tan prudente,
mal he de andar.

ALONSO. Da la gente
muestras de intriga y bullicio.

REINA. Sus intentos criminales
hay que atajar.

ALONSO. Mal se atajan
si los contrarios trabajan
y murmuran los leales.

REINA. ¿Fugóse el conde?

ALONSO. Se ignora.

REINA. ¿Don Gutier le ayudará?

ALONSO. Sin duda.

REINA. Pues vengan ya.
Y si esa turba traidora
acercarse al muro osára,
para enfriar su valor
el cadáver de Leonor
les arrojaré á la cara.
(Conduce á Alonso á la puerta de la derecha y señala adentro.)
Entre el tapiz de ese estrecho
camarin, de luz escaso,
que al oratorio da paso,
oculto ponte en acecho.
Si antes del primer alerta
otra cosa no te aviso,
cuando ella pase... (Alonso hace un movimiento de repugnancia: la Reina lo observa y dice :
Es preciso:

déjala en el punto muerta. (La Reina indica imperiosamente á Alonso que entre en el cuarto de doña Leonor. Alonso lo hace.)

ESCENA XVI.

La Reina.

¡Y ella sueña todavía!
¡Cuánto la ilusion alcanza,
burla del vivir impía!
A compás de la agonía
va creciendo la esperanza. (Se queda algunos momentos apoyada en el sitial como pensativa.)

ESCENA XVII.

La Reina. Doña Leonor. Esta sale y, sin advertir la presencia de la Reina, se va derechamente á la ventana: mira por ella y dice con tranquilidad.

Doña Leonor. Ya la escala está allí: la Reina es mia. (Vuelve adentro y ve á la Reina, cuando esta se dispone á salir por la izquierda. Doña Leonor le impide el paso, colocándose entre ella y la puerta.)
Reina. (Con extrañeza.) ¿Sois vos?
Doña Leonor. Yo. ¿Qué os espanta?
Reina. Que quien antes medrosa de mí huia
me busque ahora...
Doña Leonor. (Con ironía.) Y vuestra régia planta
detenga con audaz altanería.
Reina. Cierto.
Doña Leonor. Pues bien: yo os busco y á vos llego,
no madre, no mujer que tiembla y llora
implorando piedad con triste ruego.
Ya rival enconada que celebra

su triunfo, cual rugiendo se desata
volcan ahogado que su cárcel quiebra.

REINA. ¿Qué delirio ¡insensata!
á provocar mi cólera os obliga?

DOÑA LEONOR. Libre el conde, mi pecho
sólo el valor de la Guzmana abriga.

REINA. ¿Partió Enrique?

DOÑA LEONOR. Partió.

REINA. ¿Y está seguro?

DOÑA LEONOR. Mi calma contemplad, y ella os lo diga.

REINA. Sé que intenta salvaros.

DOÑA LEONOR. Pues entonces,
¿por qué disimular? Ya sus soldados
prevenidos están. A asalto fiero
por la luz de esa lámpara llamados,
pronto en las torres y á la luna clara,
pregon de mi venganza y vuestra ruina,
la bandera ondeará de Trastamara.

REINA. ¿Lo declarais á quien quizá lo evite?

DOÑA LEONOR. Vinísteis á gozaros en mi muerte:
no es mucho que yo ahora, por desquite,
me goce al ménos en mi nueva suerte.

REINA. ¡Fantasmas del turbado pensamiento!

DOÑA LEONOR. (Llevándola á la ventana.)
Ved, ved la escala que á la torre guía.

REINA. ¡Ah, traicion!

DOÑA LEONOR. Cuenta al viento
la infamia vuestra y la esperanza mia.

REINA. (Con desden.)
Me moveis á piedad. ¡Siempre indiscreto
fué el corazon de la altivez esclavo!
Vuestro ódio me vendió vuestro secreto.
y arrancaré del murallon la escala.

DOÑA LEONOR. Yo misma me vendí. ¡Mujer al cabo!

REINA. Esa trama traidora

sepan las guardias.

(La Reina se dirije hácia la izquierda como para salir. Doña Leonor se adelanta rápidamente, llega antes que la Reina á la puerta, la cierra y quita la llave.)

DOÑA LEONOR. ¡Avisad ahora!

REINA. ¡Esa llave traed!

(Viendo que Doña Leonor no se la entrega, se dirije á ella para arrebatársela. Doña Leonor corre á la ventana y arroja afuera la llave.)

DOÑA LEONOR. ¡Bajad por ella!

REINA. ¡No hay salida!

(Con calma.) Está bien; pero tampoco vos la teneis.

DOÑA LEONOR. Hay fuera quien la fie.

REINA. Y dentro quien la impida.

(Sonrie siniestramente mirando á la habitacion donde está encerrado Alonso.)

DOÑA LEONOR. ¿Os reis?

REINA. Es que en mí de vos se rie
con infernal sarcasmo vuestra suerte:
que al encerrarme, en busca de la vida,
os habeis encerrado con la muerte.

(Diríjese á la puerta derecha como para llamar á Alonso. Doña Leonor se adelanta como antes, cierra y guarda la llave.)

DOÑA LEONOR. Esta puerta da paso á los adarves:
solo á mis gentes se abrirá.

(La Reina hace demostracion de querer apoderarse de la llave. Doña Leonor se coloca junto á la ventana, en actitud de arrojar la llave por ella. La Reina se detiene.)

Movéos,
y tambien esta llave al foso rueda.

REINA. (Con desesperacion.) ¡No hay esperanza ya!

DOÑA LEONOR. ¡Locos deseos!

REINA. (Gritando) ¡Alonso! ¡Don Gutier!

DOÑA LEONOR. ¡Pedid socorro!
Llamad: que no os oirán. El muro fuerte,
ayer de mis lamentos enemigo,

ahogando vuestra voz, hoy se convierte
de vos misma en castigo.

REINA. (Con ira.)
¡Ah, verlo y no estorbarlo! ¿Quién me ampara?
(Gritando.) ¡Acudid á la Reina!

DOÑA LEONOR. Aquí encerrado,
sin su brillo prestado,
todo el poder del cetro en esto pára.

REINA. Mis soldados están apercibidos.

DOÑA LEONOR. ¿Quién les puede avisar? En sueño inerte
por silencioso acero sorprendidos,
despertarán al grito de la muerte.

REINA. ¿No medís la grandeza de este ultraje?
¿No veis en vuestros ciegos desvaríos
que alguien me vengará? ¿Que un hijo tengo?

DOÑA LEONOR. ¿Y acaso vos pensásteis en los mios?
(La Reina baja los ojos. Doña Leonor le coge la mano.)
¿Temblais? ¡Ah! Recibid al infortunio,
como antes yo, con la cabeza erguida.
No cobarde temais por vuestra vida.
¡Si no merecen tan villanos pechos
ni el beneficio de morir siquiera!
Tinta con qué escribir sus torpes hechos,
á ser más digna, de su sangre hiciera.

REINA. ¿Cuándo á una reina osar?

DOÑA LEONOR. Cuando, dejada
la majestad del trono en que se asienta,
del cetro hace puñal y, vil verdugo,
en la charca del crímen se ensangrienta.
(Suena dentro una voz de «¡alerta!» que es repetida otra vez más lejos.)

REINA. ¿Oís?

DOÑA LEONOR. Llegó el momento
con que soñaba mi ansiedad inmensa;
y tanto gozo siento,

que un siglo de torturas recompensa.
(Toma la lámpara que hay sobre la mesa.)
Aquí la soledad, allí la escala,
en mi mano la luz. ¡Ah! Si parece
que á otro mundo mi espíritu se exhala,
y que mi cuerpo hasta las nubes crece!

REINA. ¡Fortuna fugitiva
la que en el brillo de una luz estriba!
(Doña Leonor se habrá ido acercando á la ventana mientras la Reina dice los dos versos que anteceden. A su vez, la Reina se habrá ido acercando á doña Leonor, y antes de que ésta llegue á la ventana, aquella da un golpe violento á la lámpara, que cae al suelo apagada. Escena oscura.)
Ahora avisad!

DOÑA LEONOR. (Con espanto.) ¡Dios mio! ¿Qué habeis hecho?
(Pausa conveniente.)
¡Cuánta sombra en el aire y en el alma!

REINA. Es el rencor que sale de mi pecho.

DOÑA LEONOR. ¡Para enlutar al mundo bastaria!
Si hay allí Providencia, ¿para cuándo
guardas, Dios, tu poder, que así contemplas
al mal riendo y al dolor temblando?

REINA. No es su clemencia del pecado amiga.

DOÑA LEONOR. (Como inspirada súbitamente.)
Oyó vuestra blasfemia, y la castiga.
Para darme la luz por qué le imploro,
me llama Dios adonde yo le adoro.
Una lámpara brilla,
como oracion de fuego, ante la imágen
del Santo Salvador en mi capilla.

REINA. ¡El infierno os inspira!

DOÑA LEONOR. (Saca la llave que tenia guardada, y se dirige á tientas hácia su habitacion.) A los del conde
con ella avisaré. Jamás en vano
se invoca al Dios que la maldad derrumba.

REINA. ¡Ciega fatalidad! ¡Oh! Por su mano

abre las puertas de su propia tumba.

(Miéntras la Reina dice estos dos versos, doña Leonor abre la puerta de su cuarto y entra en él: la Reina se acerca y se coloca junto á la puerta como escuchando.)

¡Qué siniestro rumor!...

DOÑA LEONOR. (Gritando dentro.) ¡Ay!

REINA. (Con terror.) ¡Noche horrible!

(Doña Leonor sale con el rostro y el traje descompuestos, y accionando como quien pretende desasirse de una persona que le estrecha, y dice como dirigiéndose á ella.)

DOÑA LEONOR. ¡Suelta! ¡Suelta!

(Como refiriendo lo que ha ocurrido dentro.)

Una sombra que me abraza...
que me hiere, que deja aquí este acero...

(Señala al pecho y muestra un puñal clavado en él.)

y se pierde otra vez en lo invisible.

(Doña Leonor y la Reina se habrán ido aproximando hasta encontrarse en la oscuridad. Sus manos se tocan: y doña Leonor creyendo que la persigue todavía el asesino, dá una vuelta como para escapar de él, y dice con terror:)

¡Ay!

REINA. (Tambien como aterrada.) ¡Ah!

DOÑA LEONOR. (Comprende que es la Reina y se aquieta.)

¿Os asustan vuestras mismas obras?
¡Qué espantos no vereis en la tiniebla,
espejo fiel que la conciencia impura
con el horror de sus visiones puebla!

(Se oye ruido en la puerta secreta. La Reina procura ocultarse, retirándose á un ángulo de la habitacion. Doña Leonor queda apoyada en la mesa, como si no tuviera ya fuerzas para sostenerse bien. Se abre la puerta y aparecen en ella, primeramente dos escuderos con antorchas encendidas, despues D. Gutier y don Enrique. La escena se ilumina, aunque débilmente.)

ESCENA XVIII.

DICHOS. D. GUTIER. D. ENRIQUE. GARCÍA. Dos escuderos con antorchas.

D. ENRIQUE. (Antes de salir á la escena.) ¡Madre!

(Doña Leonor, al oir la voz de D. Enrique, se incorpora haciendo un esfuerzo supremo: procura cubrirse la herida con las ropas, y aparentar serenidad. La Reina se vá apenas hayan entrado.)

DOÑA LEONOR. (Aparte.) Si me encuentra herida,
se queda, y perecerá.
(A D. Gutier en voz baja y aparte.) ¿Por qué no salió?

D. GUTIER. (Del mismo modo.) Saldrá.
Nos cortaron la salida.

DOÑA LEONOR (A D. Enrique.) ¡Vete!

D. ENRIQUE. Ya junto á la puerta
mi gente en furores arde.

DOÑA LEONOR. ¡No!, (Bajo á D. Gutier.) ¡Salvadlo!

D. GUTIER. ¿Por qué?

DOÑA LEONOR. (Siempre aparte y en voz baja á D. Gutier.) ¡Es tarde!
Estais mirando á una muerta.

(Le enseña á escondidas la herida, haciéndole señas para que calle. D. Gutier comprende todo, y procura llevarse á don Enrique.)

D. GUTIER. Venid. (A D. Enrique.)

GARCÍA. ¡Reina maldecida!

DOÑA LEONOR. Por la escala...

D. GUTIER. (A García.) Y vos detrás.

DOÑA LEONOR. (Aparte á García.) ¡Pronto! que no puedo más:
se vá á torrentes la vida!

(Don Enrique, advirtiendo el desfallecimiento de su madre, se desase de D. Gutier, que quiere llevárselo, y se acerca á doña Leonor.)

D. ENRIQUE. ¿Qué teneis?

(La coje en sus brazos y descubre la herida.)

¡Sangre!

DOÑA LEONOR. (Haciendo esfuerzos para tranquilizarlo) ¡No!... ¡No!

D. ENRIQUE. (Encuentra el puñal en el pecho de doña Leonor y se lo arranca.)
¡Todo lo dice este acero!

(Doña Leonor, agotadas sus fuerzas, cae en los brazos de D. Enrique, y dice:)

DOÑA LEONOR. ¡Hijo!... ¡Sí!... El beso postrero
de la que tantos te dió. (Desfalleciendo por momentos.)
¡Beso triste!... Sello fuerte
que imprime, por despedida,
en quien muere algo de vida...
en quien vive algo de muerte.

D. ENRIQUE. (Gritando con dolor profundo.) ¡Madre!

DOÑA LEONOR. A tu dolor profundo...
Dios dé en la tierra consuelo...
A mí... perdon... en el... cielo.

(Cae muerta en los brazos de D. Gutier y D. Enrique. La colocacion de las figuras en este final puede ser la siguiente: don Gutier, puesta en tierra una rodilla, sostiene en la otra la parte superior del cadáver, cuya cabeza descansa en los brazos del alcaide. En frente de éste, y junto al cuerpo de doña Leonor, D. Enrique está arrodillado tambien. Al lado de D. Enrique, García contempla con tristeza el grupo. En segundo término los dos escuderos alumbran con la luz rojiza de sus antorchas este cuadro de dolor. D. Enrique abraza el cadáver y queda breves momentos llorando sobre él. Súbitamente se levanta y grita con desesperacion.)

D. ENRIQUE. ¡Pero justicia en el mundo!
(Mirando al puñal que habrá conservado en su mano.)
¡Sangre mia, sangre cara!
¡Tomará venganza fiera
del puñal de Talavera
el puñal de Trastamara!
(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

